

El valor de las cosas y el vacío

Juan Manzanera

Cuando nos planteamos el camino espiritual es casi inevitable pensar que se trata de alcanzar algo. Incluso con frecuencia nos hablan de llegar a la conciencia, la iluminación o algún tipo de trascendencia. Sin embargo, las cosas son bien diferentes. No hay nada que ganar ni nadie que vaya a llegar a ningún sitio.

El problema es que nos resulta muy molesta esta posición. Nos pasamos la vida buscando referencias de modo que nos incomoda profundamente cuando nos señalan que no hay nada que lograr, nos quitan los apoyos y pretenden dejarnos en el vacío. Resultan más populares las enseñanzas espirituales que hablan de alcanzar el Ser, el Yo superior o el Nirvana (por nombrar sólo unas pocas) mientras que la enseñanza del vacío nos resulta profundamente incomprensible e incómoda.

Quizás olvidamos que la verdadera cuestión, por muy evidente que sea, es reconocer la realidad sea cual sea y no de conseguir algún bien apreciado que nos dé seguridad. La paradoja, lo que nos deja impotentes y torpes es que no hay nadie que vaya a descubrir la verdad. Buda dijo claramente: no hay nadie que alcanza el nirvana, no hay Yo.

El objetivo es la verdad y el camino a la verdad supone la eliminación de lo que es falso. Una forma de hablar de lo falso es llamarlo vacío. Todo lo que es falso está vacío de verdad. En el budismo se quiere evitar que los adeptos espirituales encuentren nuevos conceptos a los que aferrarse, de modo que se habla con insistencia del vacío; esto es, no se busca algo sino el vacío de cualquier cosa que sea algo. Recordemos, por ejemplo, las palabras del renombrado *Sutra del Corazón* cuando dice: no existe el sufrimiento ni su causa, ni su cesación ni camino; ni sabiduría ni logro, ni ausencia de logro.

El camino espiritual

Así pues, el camino espiritual genuino no es una búsqueda sino el continuo descubrir lo falso. Muchos maestros lo han expresado diciendo que la realización puede empezar a suceder cuando dejamos de buscar y cuando nos percatamos de que nadie va a experimentar la realización. Hay un bonito cuento que corre de boca en boca en el cual se narra la historia de un muñeco de sal que quiere conocer de dónde procede. Le cuentan que su origen está en el gran océano. Pero él no entiende qué significa eso, de modo que decide acercarse al océano para encontrar sus orígenes. Llega a una playa y mira el mar, inmenso y azul, pero no le dice nada. Comprende que sólo entrando en el agua podrá realizar lo que está buscando, de modo que decide meterse en el mar y cuando lo hace, conforme empieza a realizar su verdadera naturaleza, se va disolviendo en el agua...

Cuando reconocemos la ilusión de ser alguien y se revela lo ficticio del yo, queda un espacio vacío, un hueco, en donde la verdad se puede revelar.

Así pues, hablar de vacuidad es señalar que las cosas que usamos y percibimos, las personas y seres con los que nos relacionamos, y finalmente, nosotros mismos, somos meras apariencias imaginarias. Decimos que todo lo que existe está vacío de realidad absoluta. El objetivo principal de esta perspectiva es soltar la mente. Vivimos aferrados a ideas, expectativas, creencias, metas y demás, y todo aquello a lo que nos aferramos, independientemente de que sea bueno o malo, es un obstáculo a la realización de la verdad. Cualquier forma de deseo y apego acaba en insatisfacción y frustración. De modo que si podemos percatarnos de la vacuidad de nuestras convicciones, aspiraciones, ideas y demás, dejaremos de aferrarnos a ellas y se abrirá un camino hacia la plena realización de lo primordial.

El valor de las cosas

Una forma simple de entender la vacuidad es reconocer que nada tiene valor en sí mismo. Pensamos y sentimos que las personas y objetos que utilizamos tienen un valor propio y autónomo. Esta es la razón por la que reaccionamos con aversión, apego y demás emociones destructivas. Sin embargo, la verdad es que nada tiene valor intrínseco. El valor de las cosas depende de las circunstancias

temporales, de sus componentes e incluso de nuestros propios conceptos. Por tanto, decimos que las cosas están vacías; en concreto, vacías de valor intrínseco.

Supongamos algo que nos hace reaccionar con aversión. Si lo analizamos veremos que son las circunstancias y condiciones lo que hace que sea así. La prueba es que cuando la situación cambia llega a dejar de importarnos. Por ejemplo, podemos sentirnos muy dolidos cuando alguien en particular nos rechaza y quedarnos muy resentidos con esa persona; sin embargo, cuando empezamos a recibir afecto y cariño de otras personas que nos importan, cuando nos sentimos rodeados de amigos y encontramos a alguien que nos da todo el amor que necesitamos y más, la persona que nos rechazaba deja de ser importante y desaparece el rencor. Es decir, la persona dañina no tenía ningún valor en sí mismo sino que su valor dependía ciertas condiciones y circunstancias. Nuestras necesidades, deseos, expectativas, creencias, inseguridades y demás, son lo que dan el valor a las cosas, de manera que nada tiene valor en sí mismo.

Una forma un poco más compleja de percibir el vacío es el análisis de los componentes de cualquier situación. Así, decimos que nada tiene valor intrínseco porque su existencia depende de los componentes que lo conforman. Por ejemplo, tomemos una persona que nos haga sentir mucho apego. Si analizamos a qué tenemos exactamente apego veremos que no encontramos nada. Es decir si miro en detalle los componentes de la persona, las partes de su cuerpo y de su mente, no encuentro nada. No tenemos apego a su dedo meñique ni a su hígado ni a su oreja, etc., tampoco tenemos apego a su estado de ánimo de hoy ni a lo que está pensando ni a lo que recuerda, etc. Es decir, no encontramos nada en su cuerpo y en su mente a lo que tengamos apego. Sin embargo, el apego está. Por consiguiente, el apego no va dirigido a algo que exista sino a algo que la mente ha creado al percibir a la persona. De nuevo, la persona no tiene un valor atractivo sino que su valor se lo damos nosotros.

Podemos observar con precisión cada uno de los elementos de lo que denominamos una persona atractiva y encontraremos que ninguno de ellos es la persona en sí. De modo que a nivel absoluto no existe la persona a quien tenemos apego. Esto es, la vacuidad de la persona se refiere al hecho de que no hay nada que sea una persona, sólo hay un conjunto de componentes en el cuerpo y la mente, que convenientemente acoplados tienen la función de persona. Sin embargo, nosotros no vemos esta realidad sino una persona que existe con unas características propias y por tanto nos despierta apego.

Superar la infelicidad

Este último análisis es más complicado y sutil; tal vez requiera de cierta serenidad para llevarlo a cabo. La cuestión es que los objetos con los que nos relacionamos sólo son elaboraciones a partir de lo que percibimos y por tanto no tienen un valor real.

No obstante, a pesar de su dificultad hacer esta indagación es muy importante cuando nos encontramos con situaciones que nos hacen sufrir. Es decir, cuando sentimos alguna emoción destructiva. En tales casos debemos indagar en la situación para ver que aquello que nos hace reaccionar está vacío de un valor propio. Reaccionar con aversión o atracción implica estar percibiendo algo que nos produce esa respuesta emocional, por consiguiente lo que necesitamos ver es que ése algo no existe por sí mismo. Por tanto es imaginario y no hay nada a lo que reaccionar. El trabajo con el vacío nos lleva a una afirmación radical. Las personas y las cosas que nos hacen infelices tan solo existen en nuestra mente, aquello que nos altera está vacío de realidad en cuanto que sólo es una construcción de la mente.

Juan Manzanera
Escuela de Meditación